

Ortega y Gasset:

Hombre de nuestro ayer

Ignacio Ellacuría S. J.

Víctima del cáncer, en su domicilio de Madrid, falleció el 18 de Octubre pasado, José Ortega y Gasset. "Arbor", una de las revistas culturales de mayor empuje y ponderación en España, ha calificado su muerte "como el acontecimiento más importante de nuestra vida cultural en el pasado año".

Con tal ocasión, en efecto, han comenzado a multiplicarse los estudios sobre Ortega, al sentirse renovada la urgencia de poner en claro sobre las múltiples incógnitas que su acción, su obra escrita y hablada, su influjo y su personalidad, plantean. Y esos estudios de ahora, como los de antes, se han dividido en cuatro direcciones: los que escondiendo la cabeza debajo del ala piensan que es posible contra Ortega una conjura del silencio. Posición utópica con la que se comete además un pecado de omisión: el de no orientar cristianamente en el campo intelectual. Después otras dos posiciones injustas: la del látigo y la del incensario, tesis y antítesis que, contra todas sus intenciones, se vivifican y vigorizan mutuamente; la postura de quienes subrayan tan sólo sus perfiles más débiles pasando al vuelo, entre oraciones adversativas, sus mejores cualidades humanas; y la de quienes, en el otro extremo de la exageración, se pronuncian exclusivamente por sus aspectos notables ignorando el otro filo de la espada orteguiana, el de los fallos filosóficos, el de las debilidades humanas, el de su influjo deletéreo.

Por fin, en cuarto lugar, los que procuran una revisión serena, los persuadidos de que frente a Ortega y su influjo ni es lícito vendarse los ojos ni es justo cerrarse en banda puesto que es ilícito e injusto al intelectual ignorar el mundo de hoy con sus valores y sus quiebras.

Como introducción a ese mundo con sus virtudes y defectos, valores y desvalores, como ejercicio de serenidad, equilibrio, comprensión y crítica, como ensayo de cobrar una razonada claridad sobre lo que Ortega es y significa, van estos artículos.

Porque Ortega no es un puro **hecho** para nosotros lo que hablamos castellano y vivimos en esta peculiar circunstancia histórica de nuestro hoy y nuestra cultura, sino que nos es un **acontecimiento**, un suceso, esto es, algo que nos ha sucedido, que nos ha acontecido culturalmente. Veamos cómo.

Individualmente considerado, ofrece Ortega por las dimensiones y proyecciones de su personalidad, por el talante y las pretensiones que representa, por el proceso implicado de su vida, un interés indiscutible. Sobre ello se alza el significado de su obra: la transformación del ambiente cultural español y, en medida decreciente, el americano y el europeo; la preocupación viva, personal y constante por los problemas de la actualidad más honda y punzante: **"Hay obligación de trabajar sobre las cuestiones del tiempo... Y yo lo he hecho toda mi vida. He estado siempre en la brecha"** (1); el empeño de renovación y humanización, el esfuerzo por conjugar las exigencias más extremas de la razón y la vida; la espléndida vivencia de los problemas que toca y la no menos espléndida **re-vivencia** de esos problemas.

Pero, tal vez, no sea nada de eso lo más típico del caso orteguiano. Lo que en él encontramos de más significativo es su modernidad, el ser representación acabada y significativa del intelectual de hoy con sus oscuridades y pretensiones de luz, aciertos y errores al llevar consigo y haberlos comunicado muchas realidades que los hombres actuales llevamos dentro, a veces sin saberlo, a veces sin poderlos expresar.

Lo reconocen amigos y adversarios. **"Prototipo del hombre europeo de cultura"**, escribe Derisi (2). Es, por eso, un singular método para introducirnos con él a lo más hondo del mundo moderno en su presentación teórica y en su interpretación intelectual. Tal vez, la introducción a través de Heidegger o de Jaspers sea más profunda, más directa y esencial, pero fuera de que en ellos el viaje resulta menos asequible, Ortega les sobrepasa en amplitud de campos sociológicos e históricos. Para lectores inmediatos del castellano, el lenguaje intraducible en toda su plenitud y magnificencia y la circunstancia siempre hispánica a pesar, y en medio, de todos los influjos germánicos, prestan a esa obra un aliciente especial; el aliciente de lo próximo, de lo familiar, de lo inmediatamente vivido.

Decir de Ortega que es prototipo del hombre moderno no quiere significar una atribución de paradigma o de modelo. Es tan sólo, reconocer un hecho, todo lo lamentable que se quiera, pero cierto: el hecho de que Ortega represente por la índole de sus preocupaciones e intereses, por el estilo de su pensamiento y estimaciones, por el carácter de sus soluciones al mundo presente, al hombre de hoy.

Ciertamente que ni todos los hombres actuales son de su estilo, ni siquiera todos los intelectuales. Quizá ni los más valiosos. Pero es, asimismo, indudable que si el mundo cultural de nuestro momento no es un mundo informado por la doctrina y persona de Jesucristo, no obstante la profunda huella marcada en él por la cultura y el humanismo cristianos; el hombre que representa a este mundo cultural no podía ser tampoco un modelo de ortodoxia y perfección cristianas. Y así, puede ser Ortega y Gasset con-

(1) ORTEGA Y GASSET. *Obras Completas*, 1ª Ed., Rev. de Occ. Madrid, T. IV, p. 130.

(2) O. V. DERISI. *Sapientia*, (Rev. Tomista de Filosofía), n. 38, p. 293.

siderado como el representante de una notable porción del mundo cultural contemporáneo al que su persona y su obra sirven de introducción para auscultar a través de él la génesis de su presente estado, los valores que esconde, las grandes fallas que disimula. He aquí la actualidad y la trascendencia de un estudio sobre Ortega; abrir un ventanal al mundo de hoy por ver su estado, sus raíces, la dirección del porvenir.

No es que Ortega siga siendo un hombre de hoy. Precisamente por no serlo se puede intentar un estudio de lo que es y significa.

Mas si no es un hombre de hoy por la sencilla pero profundísima razón de haber concluído su vida en un inmediato ayer, de suerte que todo su pasado no puede gravitar sobre el presente para resolver el inminente porvenir, Ortega es, sin duda, un hombre de ayer. Más exactamente un hombre de **nuestro** ayer, un hombre que desde el más próximo pasado opera sobre el presente y lo hará sobre el porvenir en cuanto ha configurado los horizontes y los dinamismos intelectuales de algunos de los pensadores que hoy mandan en el mundo cultural de habla española y en cuanto ha formado un ambiente, unos medios de trabajo, unas preocupaciones y unos intereses, unas **posibilidades** humanas, en fin, que condicionan mediata o inmediatamente el presente que vivimos y el futuro que nos sobrevive.

Marañón que, no obstante su demasiada aproximación afectiva a Ortega, bien vale como vigía de estos fenómenos culturales, escribe.

“Ahora todos vivimos, poco o mucho, en nuestro repertorio intelectual de Ortega... Nadie deja de correr su pluma por el papel hoy sin que pulse en ella un latido, lejano o próximo, de este hombre...” (3)

No ha sido, desde luego, idéntica la influencia orteguiana en España y en Hispanoamérica. Pero hay que tener en cuenta que ese influjo en la península ha sido impar, excepcional; Iriarte reconoce que ha gobernado a España desde su cátedra de Metafísica “haciendo efectivamente que un pueblo fuera lo que su metafísico quiso que fuese”. (4). Su efectividad aquí no podía ser la misma. Aunque no hay que desconocer la importancia que se ha tributado a su voz y a la de algún discípulo suyo en Argentina ni ignorar la presencia en el pensamiento filosófico de Méjico de inmediatos colaboradores y discípulos como Gaos y Recassens Siches. Gaos hablando de la Revista de Occidente y de su fundador Ortega asegura que es:

“la representación suprema, en el aspecto intelectual de un período de la cultura española, y aún de la cultura de los demás países de lengua española”. (5)

Es, con Unamuno, uno de los autores más leídos aquí y, mediante ese magisterio callado, está sellando con su estilo de ser y de pensar junto con el acervo de sus ideas, a las juventudes y no-juventudes latinoamericanas.

(3) G. MARAÑÓN. *Universidad y Retórica en Ortega*. ABC Ed. aérea, 20 Oct. 1956.

(4) J. IRIARTE. *Ortega y Gasset*, Ed. Razón y Fe, p. 5.

(5) J. GAOS. *Pensamiento de Lengua Española*. Stylo, México, 1945, p. 298.

Seguirá siendo leído. Desde luego, por su calidad de escritor nuevo, —Baroja cree que es el primer escritor español de nuestra época—. Pero, más aún, por lo que fué y representa. Entabló con su pueblo una batalla que debe ser dada, siquiera sea con otro espíritu y otras ideas, y que consiste en el paso de la despreocupación intelectual, de la anemia espiritual, de la chabacanería filosófica a un nuevo estado en el que la florezcan los hábitos de un estudio profundo, científico, original y autóctono. Todo ello no en el cenáculo de una minoría cerrada sino en la plaza ancha de las grandes dimensiones nacionales. Trató también de ampliar su campo de lucha a estos pueblos de América. Ahí están sus penetrantes análisis: *La Pampa*. . . promesas, *El hombre a la defensiva*, (6); Por qué he escrito "*El hombre a la defensiva*", (7); *Hegel y América*, (8); *Carta a un joven argentino que estudia filosofía*, (9); *Sobre los Estados Unidos*, (10), etc.

Por la circunstancia, pues, concreta sobre la que le tocó a Ortega actuar como por la actualidad de sus posturas y soluciones, se ha acudido demasiado a él como una especie de médico cultural. Es éste un hecho y frente a los hechos no caben negaciones estúpidas o ignorantes. Ortega representa un conato de solución al problema de nuestro tiempo, un conato con conocimiento de causa, empeñoso, responsable, influyente. Y ante tal hecho es necesario adoptar una postura.

Si la persona y la obra de Ortega han tenido la virtualidad de arrastrar consigo y por sus sendas a minorías y a masas; si, por otra parte, se considera pernicioso ese influyente magisterio orteguiano, no queda otro recurso que el de aquilatar los valores que han posibilitado aquel arrastre y, a su vez, ponderar las deficiencias radicadas en la proclividad de sus escritos hacia un relativismo filosófico y hacia un humanismo laico, descriptianizado, antropocentrista. Contemplado así, desde dentro, es factible su crítica, su aprovechamiento y superación.

Todo lo demás importa poco. Es preferible padecer el escándalo de algún escrupuloso que, permaneciendo inactivo o, simplemente, obtuso a la comprensión, dejar que se nos escape de las manos este mundo cultural que por exigencias de su constitución y de su historia particular, debe ser cristiano. A los gritos que, desde el primer viernes santo, se vienen repitiendo para paliar todas las bajezas e impedir todo honesto propósito que implique alguna audacia: "*Si hunc dimittis, non es amicus Caesaris*", no se puede responder sino con un esfuerzo vigoroso por dar la verdad y de asegurarse en ella, de dar con una posición justa y de saberla razonar.

Se dirá que es desacertado atribuir tanta importancia a un escritor como Ortega. Es objeción que no tiene sentido para dicha desde España o desde Argentina, pero que puede parecer tenerlo dicha aquí en Centroamérica. En parte ese sentido es real y, en parte, no lo es.

Toda abstracción —se usa aquí el término en un sentido lato y no rigurosamente filosófico— es, en el orden psicológico, una exageración puesto que, aun no negando valores concomitantes al punto que enfoca, por el

(6) ORTEGA Y GASSET. *Obras Completas*, Tomo II p.p. 629-57.

(7) Ib. IV, 69-79.

(8) Ib. II, 557-70.

(9) II, 839-843.

(10) IV, 869-79.

mero hecho de no considerarlos explícitamente, deja psicológicamente en el ánimo la impresión de que no existen. Algo de esto sucede en toda consideración monográfica; por un momento sentimos la impresión de que la única cumbre es aquella que nos hemos propuesto escalar. "Lo importante al exagerar, nos dirá Zubiri, es saber que se exagera". (11). En este sentido es real la exageración en un estudio detenido de Ortega. Por eso, es preciso percatarse de que ni Ortega ha tratado todos los problemas de hoy y de aquí, ni les ha dado la mejor solución, ni es el único que pueda influir o de hecho esté influyendo en la cultura americana.

Mas la objeción tenía otro sentido, no real, resultando, por ello, equívoca al delimitarse a este concreto espacio cultural y geográfico que es el istmo centroamericano. Porque si a Ortega no le han leído **muchos** aquí es por la sencilla razón de que no son **muchos** quienes aquí se dedican a tales lecturas. Si paralelamente, no se le ha estudiado **mucho** se debe a que aquí no se estudia **mucho** en esas ramas de la cultura. Mas entre esos pocos que estudian y que procuran un influjo duradero sobre esta masa humana en franca evolución, Ortega es bien conocido. Y son suficientes esas minorías rectoras para que fermente el conjunto. Por su lectura placentera e incitante y en algún sentido fácil y de pronta intelección, con frecuencia se le toma como peldaño para estudios más hondos, peldaño peligroso y resbaladizo para quien quiera pasar por él a un estudio primero de la filosofía o a una toma de pulso del momento actual y, sobre todo, de su solución.

Este probable influjo transparece de observaciones como las de Dionisio Ridruejo con ocasión de los setenta años de Ortega y Gasset:

"En tres direcciones se hace fecunda la acción magistral de Ortega...; la de universalizar, airear, nutrir de puntos de vista... la rancia provincia cultural española... a la hora del mundo y de la época. La de multiplicar... los temas y las curiosidades de la realidad y el saber y la de persuadir a no pocos a cultivar en algunos de aquellos temas una parcela rigurosamente acotada... el ayudar a hacer nuestra vida intelectual algo más universal y mucho más universitaria y científica de lo que antes fuera." (12)

Fácil es de ver si a esta nuestra provincia cultural no le queda por recorrer una larga ruta en esa dirección, quiera Dios que bajo distinto signo que el de Ortega y Gasset, considerado, al menos, en su totalidad. Tanto Ridruejo como Fernández Figueroa desde Índice rechazaban el seguir un camino bajo el mando exclusivo o principal de Ortega. Y son ellos mismos quienes anotan que no se le puede ni debe seguir precisamente por su inexplicable **mundanidad**, por su inconsecuente **a-cristianismo**.

Porque, conviene decirlo desde un comienzo, no vamos a caer en la beatería laica de tener por bueno todo lo sellado con la firma de Ortega ni en la candidez de considerar inofensivo su pensamiento: Ortega no es, ni siquiera desde un punto de vista moralmente humano y cultural, un maestro perfecto. Desde luego porque es muy distinta la eficacia de su

(11) X. ZUBIRI. *Naturaleza, Historia, Dios*. Rev. de Occ. Argentina, p. 293.

(12) J. RIDRUEJO. En los sesenta años de D. José Ortega y Gasset. *Mundo Hispánico*, n. 92, p. 71.

persona viviente en sus discípulos inmediatos y la de su obra escrita aun en los lectores más asiduos de ella. Es éste un punto que no se ha notado suficientemente y al que he de volver con frecuencia como solución de muchas paradojas. No es maestro perfecto por su misma contextura psicológica como por la circunstancia cultural que le tocó vivir que coartaron muchas de las dimensiones que un pensador y un filósofo deben poseer en cuanto a dedicación, concentración y profundidad, rigor y sistema. No lo es, en fin, porque su cerrazón a los horizontes religiosos le ecamoteó muchas soluciones, decisivas soluciones, más aún, muchos y decisivos datos del problema humano tanto individual como social e histórico, aun beneficiándose en su educación y en enfoques posteriores de los valores **culturales** del cristianismo.

En este riguroso sentido de manquedad frente a nuestra concreta circunstancia es rechazado su caudillaje intelectual aun por escritores no eclesiásticos. Por eso también, Ortega y Gasset, hombre de nuestro ayer, hombre operante en nuestra cultura debe ser estudiado para poner en forma **nuestro hoy**, para medir bien el paso del mundo moderno, para aprovecharlo superándolo, para evitar sus probables desviaciones.

San Salvador, (El Salvador)

